

# Mi hermano Jesús: ráfagas de la memoria

R o l a n d o   D í a z

YO TENÍA ONCE AÑOS EN EL VERANO DE 1958, CUANDO atravesé el Parque de Santos Suárez en medio de una intensa lluvia. El cielo negrísimo me había sorprendido en casa de mi amigo Felo, debía llegar pronto a casa, a mi madre María, todo un carácter, no le gustaba que la lluvia me cogiera fuera, y menos soportaba verme mojado, por aquello del asma. Ante semejante disyuntiva salí corriendo del portal sin despedirme, seguro de que alcanzaría la calle Zapote y el número 19, mi casa, antes de que la primera gota se desparramara sobre el asfalto. Pero en cuanto di las zancadas iniciales, a la altura de las calles Santa Emilia y Flores, el agua dijo aquí estoy y me penetró, de golpe, hasta los huesos. No dejé de correr. Asomé al Parque girando a la derecha, para atravesarlo por la diagonal, una florida y empedrada callejuela que lo partía en dos, con bancos a cada lado. Continué mi carrera jadeando, y a lo lejos vi a un hombre sentado en uno de los bancos, envuelto en una capa de *nylon* gris, con un gorro cubriéndole la cabeza; un loco, pensé. Al pasar a su lado, la curiosidad casi me detuvo, la lluvia que mediaba entre su rostro y el mío, me impedía verlo con nitidez. Sobre los cristales de sus espejuelos corría el agua a raudales y entre el gorro y el cuello alzado de su capa, apenas quedaba espacio para verle un pedazo de piel. Me acerqué más aún. El tipo meditaba. El agua bajaba por su cara como un catarata, saltando sobre sus labios. Me miró sin hablarme, ignorándome. A duras penas lo reconocí —¡flaco! Le dije sorprendido. Su lluvia, si para él era lluvia lo que caía, no era la mía. Recobré fuerzas y desconcertado, corrí hasta la bodega de Zapote y San Indalecio. Me detuve bajo el portal. El aguacero no aflojaba y mi hermano Jesús, calado por el agua, no se movía del banco.

—¡Flaco! Le grité un par de veces intentando superar el apabullante ruido del agua —¡Rafaelito! troné nervioso. Ni giró su cabeza.

Siempre pensé que mi hermano Jesús, el Flaco (para mí) Rafaelito o Rafa (para la familia, por Jesús Rafael) era un tipo diferente al resto de la gente que conocía. Sus imitaciones de Daniel Santos, en plena guagua y a toda voz; «me gusta todo lo tuyo, todo me gusta de ti», me herían de la pena, quería bajarme de inmediato aunque estuviera a mil cuadras de mi casa... «y ya no cabe más, adoración en mí»...cada vez más gritado, desafinado, a todo pecho, a voz en cuello... «ven a mí, ven a mí, por diioooss»... la evocación religiosa era la parte más intensa de su interpretación, hasta arrancaba algunos aplausos, yo, carcomido por la sensación de ridículo, necesitaba, con todas mis fuerzas, una gran piedra de kriptonita para debilitarlo como a Supermán, pero él, indiferente a mis súplicas de silencio, continuaba arrastrando, con la voz engolada, las eses finales, hasta que la guagua se detenía a las puertas del cine Dora, casi en la esquina de Toyo.

Al cine Dora asistíamos con frecuencia a ver los episodios de Flash Gordon, me llevaban él y mi hermana Amalia, la mayor. Éramos una escalera de múltiples de tres: Jesús tenía seis años más que yo y mi hermana nueve, por aquel entonces yo tendría seis o siete años. El Dora se me antojaba inmenso, tenía una cafetería que nos encantaba y con cinco centavos cada uno comíamos galleticas con pasta de guayaba (tres centavos) y un refresquito con un líquido rojo que llamaban de fresa (dos centavos) Antes de empezar la función, Jesús y Amalia me pedían que gritara bien alto llamando a un tal Pedro Roig. No tenía la menor idea de quién era Pedro Roig, ni siquiera ahora recuerdo las explicaciones posteriores que mis hermanos me ofrecían, sólo queda en mi memoria el rostro de Jesús, partido de la risa, insistiendo una y otra vez en que lo llamara hasta que me respondiera, yo, me desgañitaba gritando aquel nombre, mientras mi hermana se metía debajo del asiento queriendo desaparecer.

El miedo también rondó mi niñez desde temprano, los hijos de mi tía Lila andaban en problemas con la dictadura, habían sido apresados y torturados varias veces por la policía de Batista y mi madre, conmigo y alguna ayuda material a rastras, visitaba constantemente las distintas casas donde se mudaban para evitar ser localizados. Al novio de mi hermana, Severo, que era un hombre muy tranquilo, le registraban el carro con frecuencia, se respiraba una tensión muy grande en mi casa. Rafaelito, estudiante del Instituto de La Habana, participaba en las revueltas estudiantiles; «¡la cabeza de Batista!», contaba el Flaco que gritaban en las calles, y coqueteaba con organizaciones rebeldes de la ciudad. Las demoras que finalmente acompañaban las llegadas nocturnas de Jesús, generaban una preocupación constante en la familia: acostado en el sofá-cama de la sala, descorría con lentitud la sábana que tapaba mi cabeza en cuanto sentía el sonido metálico de la llave en la puerta que daba a la escalera, la casa estaba en un tercer piso. Se formaba un silencioso revuelo, mi madre asaltaba la sala cuchicheándole cosas al oído, mi hermano ripostaba susurrando, avanzaban muy juntos y se perdían por el «hall» hacia la cocina. Imitando el estilo de mi padre Rafael, me envolvía nuevamente la sábana en la cabeza y dormía entre murmullos incomprensibles.

En enero de 1959 Jesús se convirtió en un héroe familiar y se incorporó a las Milicias Nacionales Revolucionarias. Mi madre apenas le podía quitar las botas después de la caminata de los sesenta y dos kilómetros, que era la prueba de fuego que pasaban los milicianos para demostrar que estaban listos para la batalla contra el enemigo (siempre había enemigos), usaba una palanganita con agua tibia, para despegar las medias adheridas a la piel rota y llagada. Yo miraba aquello con estupefacción y pena, Jesús soportaba el dolor con estoicismo. Mi padre lo consideraba un acto de estupidez, dejó de creer en la Revolución muy pronto. Como premio, al Flaco le entregaron una boina verde olivo de fieltro que sustituía la negra de tela que llevaban los milicianos comunes. Era su estandarte.

«La Abundancia» se llamaba el lugar en que alfabetiqué en 1961, de trece para catorce años, a la familia Pagán-Bragaña. Estaba en Oriente y pertenecía al término municipal de Dos Caminos de San Luis. Hasta allí llegó Jesús a visitarme, iba de miliciano y lucía su insustituible boina verde de la marcha de los sesenta y dos kilómetros. Lo veo avanzar entre las lomas, con paso solemne, preocupado por mi pito inmenso, hinchado, picado por sabe dios que insecto en el río, mientras me bañaba encuero con Roberto y su hermano «Lechón». Herminia se lo enseñó y le comentó que estaba casi curado por el cocimiento de almácigo. El Flaco me miró el rabo serio, yo había perdido la vergüenza, media Abundancia lo miraba para dar consejos. —Te duele, me dijo. —No, le respondí. Nunca imaginé lo que pasaría por su cabeza, quizás estaba pensando en lo que sufriría nuestra madre. Me animó para que no me rajara, debía mantenerme firme, lo del pito pasaría, y me quedaría para siempre el orgullo de haber enseñado, al menos a poner su nombre, al curtido hombre de la casa, cuyo nombre, Flor, contrastaba con su enjuta figura.

Me impresionó mucho que el Flaco me visitara. Fue una visita corta, no como la de mi madre o mi padre que estuvieron más de una semana, pero que mi hermano fuera tan lejos a verme, aunque sólo por tres días, me gustó y me dio aliento para seguir soportando las precariedades de La Abundancia.

Después, en la prolongación de los años 60, mi hermano comenzó a alejarse. Quizás no es esa la palabra justa, sino que nuestros caminos se abrieron tomando distintos rumbos, la diferencia de edad y la épica revolucionaria de los primeros años, así lo demandaban. Recuerdo de aquella época un Jesús recto, entregado totalmente a un ideal; su boda vestido de miliciano con Mireya, su primera esposa, me marcó casi tanto como verlo sentado bajo el agua, en el parque de Santos Suárez. Para mí, que vivía pensando quién era el mejor flautista de las charangas populares cubanas, si el de la Aragón o el de Neno González, aquello constituía un verdadero delirio.

Mi vida era el baile popular y la sacralización de la amistad por encima de todo, casi bordeaba la marginalidad. Esa actitud del más chiquito de los Díaz, preocupaba mucho a mis viejos. Supe, por historias contadas, que en su juventud temprana Jesús también era de bailar en el Casino Deportivo de La Habana, que admiraba a Benny Moré y a Celia Cruz, pero a mí, siempre me lo

devuelve la memoria de aquellos años de euforia patriótica, con el sempiterno uniforme de miliciano, esta vez entrando junto a mi padre (que familia y amigos le llamaban Neno) en una estación de policía que estaría por la calle Egido. Allí había ido yo a parar, junto a algunos de mis cúmbilas, por haberme ido sin pagar del Cabaret Copa, que pertenecía al Hotel Habana Riviera. En realidad, no nos habíamos ido sin pagar, sino que unos tipos más jodedores que nosotros nos habían dejado con la cuenta encima de la mesa simulando que iban al baño y no teníamos cómo ni con qué pagarla. Mis socios y yo, por el aquello de no echar a nadie para adelante (era la ética del barrio) fuimos a parar a la estación. Mi viejo y Jesús, convencieron a los policías y pagando lo adeudado, nos permitieron, a todos, regresar a nuestras casas. La figura del Flaco miliciano, moviéndose por aquel desagradable y oscuro lugar donde habíamos pasado la noche en una miserable celda, junto a algún otro padre de mis cuatro amigos «prisioneros», se me hizo inmensa, llena de autoridad y quizá también, cada vez más distante.

El Servicio Militar Obligatorio, en 1965, me sacó, aunque nunca definitivamente, del barrio y me volvió a acercar a mi hermano. El Flaco humanizó su influencia, yo tenía 17 años y durante mis pases de fin de semana, cuando los había, me acercó a la literatura. Leí mucho por aquella época, siempre libros que él me prestaba; Cortázar, Onelio, Quiroga, García Márquez, Vargas Llosa, Chejov, Tolstoi... la maravillosa selección de *Cuentos Norteamericanos* editada en los 60, todavía tengo en la cabeza, resonándose, «Un suceso en el riachuelo del buho». Leí también a Chandler, a Hemingway, recuerdo especialmente cuánto me impresionó la lectura de la autobiografía de Richard Wright, *Soy negro*, que Rafa insistió especialmente en que leyera.

Hablábamos con intensidad de literatura, pero no desde el punto de vista crítico de quién era mejor escritor o dominaba más la técnica del relato, sino de las historias que contaban los libros, de los mundos que describían. Comprendí y me seguí haciendo muchas preguntas sobre los misterios del alma humana en aquellas sesiones que, como dije, siempre iban mas allá de las charlas literarias. La relación se estrechó y ensanchó al mismo tiempo. Jesús, para mí, pasó a ser algo bastante más cercano que un héroe de la patria.

Viajó a Puerto Rico en 1966 y creo que profundizó la comprensión de mi rebeldía. Yo estaba muy machacado en el Servicio Militar, mi vida era una verdadera mierda. El Flaco me trajo tres regalos que fueron primordiales en mi vida juvenil llena de limitaciones materiales; un jean (pitusa) color ladrillo, unos mocasines indios, carmelitas, sin tacón, que hicieron sensación entre mis amigos y *Help!*, en una época en que hablar de los Beatles en Cuba era mala palabra. Me sorprendió mucho que no se hubiera comprado nada para él. Aquel mismo año, el Flaco ganó el Premio Casa de las Américas con *Los años duros*, y no recuerdo haberlo visto, jamás, vestido de miliciano.

Luego de tres años y tres meses terminó mi martirio militar. Volví a Zapote, allí estábamos todos, pero Jesús ya no era el mismo. Trabajaba en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, era profesor, e integraba el Consejo de Dirección de la revista *Pensamiento Crítico*.

El éxito de *Los años duros*, su premiado libro de cuentos, le había posibilitado dirigir antes *El Caimán Barbudo*, suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, del cual había salido por fuertes discrepancias con la dirección del diario, que en realidad, aunque aparentaba ser la dirección del periódico, no era más que la representación de las políticas intransigentes que comenzaba a poner en práctica la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y el Flaco y sus amigos publicaban textos que no eran del agrado de los ideólogos de la línea dura. Aunque al inicio de *El Caimán...* dirigió el periódico un amigo de Jesús, que yo no conocí, pero que él nombraba mucho: Miguel Rodríguez. Miguel era un tipo abierto que de alguna manera permitió las veleidades del primer *Caimán...* También nombraba Jesús con frecuencia a Eduardo Castañeda, que fungía como intermediario entre la UJC y *El Caimán...* y se ponía, en las polémicas que generaba el suplemento cultural, del lado de los escritores, actitud que le traía como consecuencia estar siempre en el centro del huracán. Para Jesús era una persona legal, un amigo, aunque yo tampoco lo conocí, sí supe, de manera muy impactante, de su muerte.

Castañeda se suicidó, se pegó un tiro. Jesús se había divorciado de Mireya, el matrimonio había durado muy poco, pero el mejor cuarto de Zapote, que yo siempre había envidiado, seguía siendo suyo. Una noche el Flaco llegó atribulado, perplejo, nunca lo había visto así. Su amigo Castañeda se había suicidado, recuerdo que sólo lo comentó conmigo y me pidió que aquella noche durmiera con él. Necesitaba compañía. Su solicitud era rarísima, ni de niños habíamos dormido juntos, pero estaba descompuesto, desencajado, por primera vez débil ante mis ojos. Por supuesto que acepté. Aquella insólita compañía me hizo empezar a comprender que aquel miliciano heroico que yo siempre observé con distancia, admiración y cierta perplejidad, se iba convirtiendo cada vez más en un escritor, un pensador crítico y humanista, necesitado de dialogar con su entorno (también conmigo), de complejizar las cosas. Sufría mucho por defender sus ideales que ya no parecían tan simples como lo eran en los primeros años. Por cierto, Jesús nunca me dio a leer «La carretera de Volokolansk», aquel relato excelso del más puro y duro realismo socialista.

Me dejé el pelo largo, desafiante, se ponía viejo mi pantalón color ladrillo, andaba con las placas de los Beatles y los Rolling's, tenía veintidós años, y aunque un poco tarde, quería matricular en la Escuela de Letras. Jesús me alentaba más que nunca. En 1969 comencé a trabajar en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), en el departamento de sonido. Mis diálogos sobre cine con el Flaco eran también muy intensos. El había acumulado una cultura visual importante que venía de sus habituales visitas juveniles al cine Capri, detrás del Capitolio, donde en los años 50 se pasaban películas del neorrealismo italiano y la nueva ola francesa. La programación del ICAIC tenía, en los años 60, gran interés, lo que facilitaba el diálogo entre nosotros. Recuerdo la impresión que causó en mí el cine de los jóvenes rebeldes ingleses, y como discutí con Jesús sobre *La soledad del corredor de fondo*, que Tony Richardson había adaptado del relato de Allan Sillitoe. Por suerte, aquellos

eran también nuestros círculos de estudio y sin ninguna duda fueron el germen de mi inconformidad. La rebeldía de Smith, el protagonista de la película, su burla del poder y de lo establecido, era (de manera subliminal, porque en aquel momento lo veíamos como expresión de las injusticias del capitalismo cruel hacia los desheredados), una dura crítica a las jerarquías arbitrarias y a los caprichos del ordeno y mando.

Llegó la Zafra de los Diez Millones que Jesús, defenestrado también de la revista *Pensamiento Crítico*, asumió en terrenos orientales. La revista, acusada de revisionista y desaparecida en la era del prosovietismo de los 70, se me hacía densa y difícil, aunque en ella me apasionó descubrir a pensadores como Herbert Marcuse, que me hicieron un informado alumno de filosofía cuando por fin, en 1971, logré matricular en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana.

Concluida la zafra, el «revolucionario culpable» que ya era Jesús fue a parar al ICAIC. Alfredo Guevara lo recogió, como, hay que decirlo, sumó a su proyecto a otros inconformes de la época. Pero lo que nunca imaginó Alfredo fue que había sumado a una persona con criterio propio, que no soportaba obedecer a ciegas, y menos entender lo incomprensible, aunque, también hay que decirlo, Jesús seguía siendo un revolucionario (incómodo) y de alguna manera su ejemplo hizo que también yo empezara a militar en las filas de una UJC muy particular, pero UJC al fin, en el ICAIC.

El Flaco tenía lista en 1973 su primera novela; *Las iniciales de la tierra*, y hay que decir que la censura, cada vez más horrible que sufrió (el libro no se publicó en Cuba hasta 1987), sirvió esta vez para que reescribiera y perfeccionara la que paradójicamente algunos críticos bien intencionados dieron en llamar la novela de la Revolución. Otra ráfaga de memoria me asalta; Jesús ya estaba casado con Nora, su segunda esposa y en la casa del Vedado, 21 entre 4 y 6, primer piso, donde vivía agregado, retocaba incansablemente *Las iniciales...* Fueron cerca de diez años de reescritura, muchas veces interrumpí aquella labor para dialogar con el Flaco y escuchar fragmentos de aquella fascinante historia. Recuerdo a Pablo, su hijo, en la cuna, custodiado por el perro Pastor de la familia Espí, que yo respetaba muchísimo. Subía, temeroso, una escalera hasta un primer piso, saludaba a la madre de Nora, la recuerdo amable, sonriente, y volvía a torcer a la derecha subiendo una escalera más estrecha. Era un cuarto no muy pequeño, allí conversábamos sobre lo humano y lo divino, mientras Jesús tomaba café y fumaba, como siempre, incansablemente, mientras yo buscaba una ventana para escapar del humo.

Jesús estuvo casi veinte años en el ICAIC, pero su gran pasión fue la literatura, no el cine. En todo ese tiempo recapituló sobre su vida y escribió dos novelas cumbres para la literatura cubana; *Las iniciales...* y *Las palabras perdidas*. En las dos, el Flaco regresa a su juventud, en ellas están sus dudas y cuestionamientos más profundos sobre lo que había apoyado con pasión desmedida; el proceso revolucionario. Ricas no sólo en ideas, sino dueñas de una estructura formal arriesgada y novedosa, sus dos novelas maestras son muy superiores a

la labor que desarrolló como cineasta, sobre todo porque en ellas no había las respuestas que sí aparecen en su cine documental explícito y directo, ni en sus películas de ficción, que aunque intentaron abordar temas polémicos, hecho que en su momento fue muy valorado, quedaron impregnadas de una fe que en sus novelas no aparecía por ninguna parte. Aunque también hay que decir que el cine lo nutrió de vida para escribir, ya en el exilio, otras dos novelas de gran interés: *La piel y la máscara*, donde retoma, en el ambiente de un rodaje en La Habana, un tema que también lo obsesionaba, el de la separación familiar (el recuerdo de *Lejanía* es inevitable), y *Siberiana*, que se alimenta de una experiencia vivida en Siberia Oriental, que visitó en 1977 para rodar imágenes de *La sexta parte del mundo*, la película documental de Julio García Espinosa en homenaje al original que Dziga Vertov estrenó en 1926.

Los 80 fueron los peores años de mi relación con el Flaco. Ambos militábamos en el Partido, y los dos éramos directores de cine y cabezones. Jesús era dueño de un carácter fuerte, dominante y yo no estaba dispuesto a continuar mi vida bajo la sombra de un hermano mayor que pretendía irradiar luz para todos lados, lo más jodido es que la irradiaba y yo tenía que defenderme de aquel pulpo valiente y persistente, buscando a toda costa mi propio lugar bajo el sol. Lo hice. Mal que bien encontré mi camino, artístico y también político. Mis primeros documentales fueron patéticos, «patriótico-serviles» y terriblemente impersonales, hasta que encontré mis maneras usando la música de Los Van Van, la conocida orquesta popular, en un Noticiero ICAIC (reportajes semanales de diez minutos que se exhibían en los cines). Volví al barrio, a lo que yo sabía hacer. No voy a juzgar mi obra, sería el colmo, pero sí reconocer mi independencia creativa, para bien y para mal.

Le costó a Jesús comprenderme, no porque estuviera en contra ni a favor de lo que hacía, sino porque en un momento de mi vida dejé de contar con él, necesitaba dejarlo atrás, alejarme de su mundo. Estuvimos casi dos años sin hablarnos y tengo que decir que él siempre hizo más que yo porque el alejamiento no fuera nunca ruptura. Se lo agradezco.

Cuando decidió el exilio iniciando los 90, abrumado por un desencanto que se hacía cada vez más intenso, nos reconciliamos. En realidad no nos separaba ningún problema de principio. Jesús comprendió que yo haría las cosas a mi manera y cuando me percaté de que así sería, vivimos, de cincuenta años, los mejores años de nuestras vidas. No había tema que no tratáramos en nuestros *encuentros*. Yo había decidido residir en Tenerife y él lo hacía en Madrid. Las conversaciones telefónicas que sosteníamos llegaban, en ocasiones, a superar las dos horas. Me gustaba y enriquecía escucharle y verlo soñar, oportunidad que volví a tener cuando me hizo la última visita a Canarias, con todos los proyectos de futuro que tenía metidos en la cabeza. Su visión de lo que llegaría a ser la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana, es, y seguirá siendo, realmente apasionante.

La noticia de su muerte me llegó tardía. Pablo, mi sobrino, había dejado un mensaje en el contestador que descubrimos con una nueva llamada suya

que Ileana, mi esposa, no me dejó escuchar, así de dramático sería. Ni queriendo revelarme al lugar común de «no hay palabras...» las encuentro para describir lo que sentí cuando Pablo, con la voz apagada, me dijo —Tío, el Viejo murió. Ileana, que tanto me conoce, no se acercó a compadecerme. Estaba atribulada y muy cerca, pero lejos físicamente de mí. Comprendió que no había manera de mitigar mi dolor. Murió un hombre sustancial, imprescindible para la cultura y la nación cubana, y murió también y quizá sobre todo, el Flaco.

